A LA EGREGIA ARTISTA

ADELAIDA RISTORI.

Con santo amor profundo,
Sublime vencedora,
Reina te aclama el mundo
Y tu grandeza adora,
Y del placer el cántico
Resuena en torno á ti.

Ciñen tu trono palmas,
De excelso triunfo emblema;
Tu reino son las almas,
La gloria es tu diadema,
Tu patrimonio el genio,
Tu siglo el porvenir.

Bendicente en las zonas
De tu región nativa;
Y flores y coronas
De Asia y de Europa altiva
Y de la noble América,
Se ostentan en tu sien.

Hermoso es tu destino;
De lauros alfombrado
Se mira tu camino,
Y humilde, esclavizado,
Del arte el sacro numen
Te sigue por doquier.

Cuando en el ancha escena
Tu labio se extremece;
Cuando tu voz resuena,
Y súbito aparece
En tu mirada el fúlgido
Brillo de ardiente sol;

Y evocas del pasado
La fúnebre memoria,
Del polvo venerado
Se alza la augusta historia,
Y, conmovida, anímase
Al eco de tu voz.

La antigüedad su frente
Joven de nuevo asoma;
Se alza la Grecia ardiente,
Y la ruidosa Roma,
La Roma de los Césares,
Se inunda en nueva luz.

Norma de nuevo vive
Con su fatal fortuna;
Su sombra se percibe
Al alumbrar la luna
Con su fulgor los druídicos
Altares de Irminsul.

¡Oh artista, yo te admiro!
No existe un pensamiento,
Ni un eco, ni un suspiro,
Ni un solo sentimiento
Que tu palabra mágica
No alcance á interpretar.

Con soplo omnipotente
Tu corazón se agita;
Bajo tu seno ardiente
La humanidad palpita,
Y su pasión indómita
Retruena como el mar.

Ya expreses esquivezas,
Ya cándidos amores,
O llantos, ó tristezas,
O celos, ó dolores,
Tu voz, tu sér, tu espíritu,
Conmueven nuestro sér.

Nos hiere el sentimiento
Oyendo tu gemido;
Sufrimos tu tormento;
Y el eco producido
Por tu coturno trágico
Nos hace estremecer.

Al suspirar amante
Tu fuego nos domina;
Se baña tu semblante
En blanda luz divina,
Y al contemplar tus lágrimas
Se oprime el corazón.

Con casto arrobamiento,
Con lánguida ternura,
Con expresivo acento
Al par de tí murmura,
"Amor" el labio trémulo,
Y el alma "amor, amor."

A veces se te escuchan
Quejas que al cielo envías,
Y en tu mirada luchan
Pesares y alegrías,
Cual lucha en el crepúsculo
La luz al expirar.

Y pálida y sin calma,
Muestras con honda pena
La inmensidad del alma
De astros y sombras llena,
Donde implacable extiéndese
La eterna tempestad.

A veces sollozando,
Las ansias que te oprimen
Revelas delirando,
Y del sangriento crimen
En tus facciones mírase
El infinito horror.

Sin fe, sin esperanzas,
Vencida por la suerte,
Hacia la muerte avanzas,
Y de la misma muerte
Sorprendes el fatídico
Misterio aterrador.

En triste y lenta angustia
Te agitas anhelante;
Yerta tu frente y mústia
Se inclina vacilante,
Como el arbusto débil
Que azota el huracán.

En congojoso anhelo
Las tus convulsas manos
Alzas, doliente, al cielo;
Cual luz que arroja vanos
Vivos fulgores últimos,
Al extinguirse yá.

Buscando el firmamento
Tu vista incierta vaga;
Y en ronco hervir tu aliento
Sordo por fin se apaga,
Y en el sepulcro lóbrego
Termina tu dolor.

En tu expirar sublime,
El pueblo conmovido
Se alza temblando y gime;
Y mézclase al gemido,
Ensordeciendo el ámbito,
Aplauso atronador . . .

Dadle á la artista palmas
De excelso triunfo emblema;
Su reino son las almas,
La gloria es su diadema,
Su patrimonio el genio,
Su siglo el porvenir.

Con santo amor profundo,
Sublime vencedora,
Reina te aclama el mundo
Y tu grandeza adora.
¡Honor, artista egregia,
Gloria y honor á tí.

Á LA MEMORIA DE

MANUEL ACUÑA.

Contemplad ese féretro . . . él encierra
Del hermano querido los despojos . . .
La fosa á nuestros pies muestra la tierra
Y se aniegan en llanto nuestros ojos . . .
Me parece que aquí mil sombras giran,
Y esas flores parece que suspiran.

Tumbas, pavor doquiera,
El alma se estremece, el labio gime;
La risa lisonjera
En aflicción y en duelo se convierte;
Un terrible silencio nos oprime;
Y el misterio infinito de la muerte
Todo lo llena con su horror sublime.

Turbe mi ronca voz, turbe el reposo
De este recinto lúgubre y sombrío,
Y ante ese negro cuadro doloroso
Vuestro llanto mezclad al llanto mío.

No en loco desvarío
De inútil sentimiento haciendo alarde,
Vengo á exhalar tristísimo lamento;
Llorando de la muerte al pensamiento,
Jamás la muerte contemplé cobarde;
No tiemblo ante la muerte, ni me agito,
Porque firme y seguro en mi creencia,
Yo espero tras la muerte otra existencia,
Yo siento tras la tumba el infinito;
No con doliente grito
Lamento que á otra luz se abra otra cuna;
No lloro al ver caída
Una rosa del árbol de la vida;
No deploro en sollozos la fortuna
Del que la nueva playa al fin alcanza;
Lloro, sí, con el alma estremecida,
Ante la tumba de la fe perdida,
El postrimer adiós de una esperanza.

Si nuestro pobre amigo
En cariñoso anhelo,
De la fe y el amor bajo el abrigo,
Y con santo placer mirando al cielo
Su misión en la tierra al ver cumplida,
Hubiera recibido dulcemente
En su serena frente
El ósculo postrero de la vida,
Yo sin duelo ni afán, á la influencia
De la dulce amistad que nos ligara,
Sonrisas y no llanto le mandara
Como prenda de amor en breve ausencia.

Mas cómo reprimir el sentimiento,
Y cómo tregua dar á la amargura,

Al ver que huyendo en vano
Del horrible afanar y la tortura
De un negro pensamiento,
Sin fe, sin luz, sin calma,
Apagando su genio soberano,
Se lanza de la muerte al oceano
Con una tempestad dentro del alma.

Espléndido entre flores
Gozoso el porvenir le sonreía;
Pero ¡ay! su dulce encanto, y sus fulgores,
Y el amor que la gloria le ofrecía
A apagar no bastaron sus dolores,
Y en el terrible horror de la agonía,
De tormentos horribles y crüeles
Sangrando el corazón, la vista incierta,
Lanzóse de su lecho de laureles
Al lecho en el que nunca se despierta.

Lleno de vida ayer, su pensamiento
Un universo mágico formaba
De amor, y poesía, y sentimiento;
Con poderoso aliento
Alzóse vencedor, y en su palacio
Su ilustre nombre registró la historia,
En tanto que llenaban el espacio
Los himnos del placer y la victoria.

Hoy, contempladle allí, pálido y yerto,
Convertidas sus flores en abrojos,
Extinto su vigor, sin luz sus ojos,
Su corazón ya muerto.

Vedle allí, de su trono derribado,
Inmóvil, destrozado
De su propio dolor al golpe rudo . .
Gloria, esperanza ayer, hoy polvo mudo.

¡Qué acerbo sufrimiento,
Qué espantoso dolor no apuraría
Su pecho moribundo,
Si en el postrer momento,
Si en el ansia postrer, arrepentido
Quiso volver al mundo
Y en las sombras le vió desvanecido!

¡Si en su anhelar sentía,
Cuando expirante ya, vivir quería,
Su aliento que en sus labios se apagaba,
Y la luz que en sus ojos se extinguía,
La vida que cual soplo se alejaba,
La muerte que llegaba, que llegaba,
La oscura eternidad que lo envolvía . . !

¡Ay! si en aquel instante
Pudo pensar, sintiendo
El frío de la muerte en su semblante,
En la madre infeliz, tierna y amante,
Que bendice su nombre sonrïendo,
Que su imagen conserva en la memoria,
Y en el sublime amor de sus amores
Piensa llenar de besos y de flores
Su corona de lauros y de gloria . . .

Evocando esta idea, me parece
Que las sombras se agitan y se oprimen
Y que dolientes gimen,
Y en el polvo el cadáver se estremece. . .

Perdón, hermano mío,
Perdona mi amargura,
Si una queja tal vez brotó mi labio;
Mas del dolor que siento en la tortura,
Aunque tocando estoy la tumba fría,
No puedo comprender tu desventura,
Me parece que sueño todavía.

En dulce paz reposa,
Trovador del Anáhuac, entre tanto
Que vertiendo la patria amargo llanto
Tus cantares repite cariñosa.

Los que el valle cruzamos de la vida
Te damos en la triste despedida,
Piedad, ternura, amores,
Y laureles, y lágrimas, y flores.

Bendiciendo tu nombre y tu memoria
La patria vela en tu postrer asilo;
Adiós ¡oh trovador! duerme tranquilo,
Duerme en paz á la sombra de tu gloria!

UN RECUERDO.

Cuando era yo tierno niño,
Mi santa madre tenía
Una imagen de María,
Ante la cual sonreía
Con inefable cariño.

Con ternura la miraba
Conmovida y amorosa,
Y hablándole fervorosa
Con la imagen milagrosa
Largas horas conversaba.

Yo quise saber curioso
Por qué derramaba llanto
Ante el cuadro hermoso y santo
Y por qué le hablaba tanto,
Y me acerqué silencioso.

Y mi madre, no os asombre,
Cuando la imagen veía,
Y lloraba y sonreía,
Lo que tanto le decía
Era . . . tan sólo mi nombre.

México, 1875.

LA MISIÓN DE LA MUJER.

Á UNA NIÑA.

La virtud en tu alma encierra
Y al cielo tu fe levanta,
Pues tu misión en la tierra
Es noble, sublime y santa.

No has nacido á suspirar
Cual sierva humillada y triste,
No para esclava naciste,
Naciste para triunfar.

Para apagar el rencor
En donde quiera que esté,
Para triunfar con la fe
Y reinar con el amor.

Aunque á veces triste gime
La mujer, niña querida,
En la lucha de la vida
Es un guerrero sublime.

No es su misión la venganza,
Ni su arma el acero rudo;
La caridad es su escudo,
Su bandera la esperanza.

Hace que el mal se avergüence;
Torna el afán en ventura,
Y triunfa con su ternura,
Y con sus lágrimas vence.

Aunque el error te enternezca
Tu reinado ya no tarda;
Alza la frente y aguarda
A que tu aurora aparezca.

No estés en triste inquietud,
Hermosa será tu suerte,
Que aunque débil, eres fuerte
Y es tu fuerza la virtud.

Como el aroma á la flor,
Te ha dado Dios la ternura;
Del mundo harás la ventura
Con la virtud y el amor.

No has de obtener la victoria
En la ambición y el encono;
El hogar guarda tu trono;
Solo el amor es tu gloria.

No aspire tu inteligencia
A los lauros de la guerra,
Ni á dar leyes á la tierra,
Ni á brillar por la elocuencia.

Ni del mundo turbulento
A dominar la inquietud;
Tu poder es la virtud,
Tu elocuencia el sentimiento.

Jamás á las almas dé
Tu palabra muerte ruda;
No naciste á dar la duda,
Naciste á inspirar la fe.

Nunca del odio maldito
Sigas la huella sangrienta;
No eres la negra tormenta,
Eres el iris bendito.

Que refleje siempre un cielo
De tus ojos el fulgor;
Tus consejos den amor,
Tus sonrisas den consuelo.

En donde quiera que insano
Su espada el rencor levante,
Tu fe le venza al instante
Y le desarme tu mano.

Debes siempre ¡oh niña! ser
Angel de santa bondad,
Llevando á la sociedad
Por la senda del deber.

Que está en tus manos, advierte,
De los hombres la fortuna,
Desde el llanto de la cuna
Al suspiro de la muerte.

A LA MEMORIA DEL EMINENTE ESCRITOR ESPAÑOL

DON ANSELMO DE LA PORTILLA.

ELEGÍA.

Vén, patria de amor, ¡oh patria mía!
Con desprecios injustos ultrajada;
Pero siempre tan noble y tan amada,
Cual ser amado ambicionara un día;
Vén, patria de mi amor, patria adorada;
No ciñas en tu frente
El glorioso laurel, cubre de luto
Tu hermosa faz doliente;
No busques solamente
Las frescas, bellas y galanas flores,
Emblemas de esperanzas y de amores;
Corta también la adelfa funeraria
Que simboliza el duelo y la amargura;
Eleva silenciosa tu plegaria,
Y en grata y melancólica espesura,
Los ecos de tus valles florecidos,
Tristemente repitan tus gemidos.

Yace en la umbrosa tumba, entre las nieblas
Que hacen temblar el corazón del hombre,
El escritor insigne, el que inspirado
Te supo defender, el que tu nombre
Pudo elevar valiente y te quería
Con santo amor sincero,
Con la fe que te adora el alma mía.

No era extranjero, no, no era extranjero;
Si caprichosa y débil la fortuna
Le dió lejana cuna,
Su corazón, su vida, su ardimiento,
Su noble pensamiento
Tuyos fueron doquier; suya tu gloria.

Él escribió tu historia;
Él siempre con amor te bendecía,
Gozaba en tu alegría
Y gozaba sin fin con tu victoria,
Y con todas tus dichas sonreía.

Él lamentó, llorando, el infortunio
Que sin piedad te hiere;
Te quiso ¡oh patria! como yo te quiero;
No era extranjero, no, no era extranjero,
Porque no es extranjero el que te quiere.

Él con la oliva de la paz hermosa
Que ostentaba en su mano cariñosa
Con tu dolor gemía,
Como el que sufre y esperando gime.
Él apagó el rencor en donde quiera,
Él levantó muy alta tu bandera,

La levantó muy alta; la tenía
Junto á su corazón grande y sublime.....
¡Bendice su memoria, ¡oh patria mía!

Él, en las horas bellas
De la radiante juventud, las manos
Tendió á la dulce lira
Y amante suspiró como suspira
El agreste zentzontle en la enramada.
Él por su patria amada
Y sus dulces recuerdos y lejanos
Con tristeza lloró, y en sueños vanos,
El alma llena de brillantes soles,
Hizo sonar sus cantos españoles
En los umbrosos bosques mexicanos.

Él con su corazón todo ternura,
Con su sonrisa triste,
Su lánguido mirar, su pensamiento
Impregnado de amor y sentimiento,
Su aspiración bendita,
Su ansia de amor, de paz y de ventura,
Su palpitante anhelo
Para apagar la saña,
Brilló sublime en México y España,
Como el iris de paz brilla en el cielo.

Ardiendo todavía
El antiguo rencor, mal apagado
El odio inícuo que abortó la guerra,
El hijo de esta tierra,
Altivo y desdichado,
Entre el rumor de la discordia impío,

Mostraba al español su noble brío
Y su hermoso laurel ensangrentado.

La paz era imposible; la tormenta
Por donde quier rugía;
Detrás del español huella sangrienta
El mexicano con horror veía,
Y más y más el odio se encendía.
Mas vino el escritor; su pensamiento
Se levantó sublime;
Su voz sonó en el viento
Convocando á la paz, y poderoso
El prestigio feliz de su ternura
Que á la concordia levantaba altares,
Cruzó el otero, el valle silencioso,
La campiña desierta y sin cultura,
El cauce del torrente estrepitoso,
Los bosques de palmares;
Sobre el cráter cruzó de la montaña,
Y su acento de amor, de amor á España
Cruzó sonoro los revueltos mares.

Y yo escuché su voz, y cariñoso
Para estrechar los lazos
Que noble y generoso me ofrecía,
Cual buen amigo le tendí mis brazos.

Escucha, España, lo que yo sentía:
Yo á todos siempre la verdad les digo:
Yo con el corazón te aborrecía,
Pero el acento del anciano oía
Y una alianza de amor formé contigo:
Desde entonces te quiero y te bendigo.....
¡España, noble España, madre mía!

Vén, patria de mi amor, patria adorada,
Busca oloroso mirto en tus verjeles,
Y cubre con laureles
La triste tumba para tí sagrada.

Bendice, Iberia, la brillante gloria,
La plácida memoria
Del escritor hispano,
Del noble, del ilustre y generoso,
Entre tanto que suena cariñoso
El himno fraternal del mexicano.

México, Marzo 5 de 1879.

MOISÉS EN EL NILO.

TRADUCIDA DE VICTOR HUGO.

> Y he aquí que descendía la hija de Pharaon para lavarse en el río, y sus doncellas andaban por la margen del río.
>
> *Exodo.*

"Venid, hermanas mías;
A la primera luz del sol naciente
Tienen siempre las ondas más frescura;
Venid, los segadores
Reposan en su hogar tranquilamente;
Menphis eleva apenas sus rumores,
Y solitario el río
Se encuentra en esta hora;
Nuestro casto placer bajo estas selvas
No tendrá más testigo que la aurora."

"En el altivo alcázar de mi padre
Brilla el arte doquier; pero estas playas
Donde en copia gentil de hermosas flores
Primavera vertió rico tesoro,
Más bellas son á las miradas mías
Que una fuente de pórfido y de oro.

Son del alma la música querida
Esos cantos que vagan en el viento,
Y prefiero al magnífico perfume
Que en nuestra regia estancia se consume,
Del aromado céfiro el aliento."

"¡Mansamente las ondas se deslizan!
¡Puros están los cielos!
Dejad flotar aquí plácidamente,
De las flexibles ramas suspendida,
Esa azulada gasa transparente
Que á vuestro leve talle está ceñida.
Venid, quitadme los celosos velos,
Quitadme la corona de la frente,
Que á vuestro lado anhelo bulliciosa
Jugar entre las ondas
De la clara corriente rumorosa."

"Presto venid, hermanas . . . .
¿Pero qué es lo que miro entre la niebla
Que envuelve en la mañana las campiñas?
Mirad al horizonte allá lejano . . .
Nada, nada temáis, tímidas niñas:
Es el tronco sin duda de una palma
Que la corriente arrastra al mar incierto,
Y que á ver las pirámides camina
Desde el fondo ignorado del desierto."

"Mas no; si á mi indecisa
Mirada fe le diera,
O de Hermes la barquilla,
O la dorada concha y reluciente
De la hermana de Osiris la creyera,

En las ondas bogando
De la ligera brisa al soplo blando.
¡Ah! pero es una leve navecilla,
Do en inocente calma y lisonjera,
Miro un niño que duerme entre las ondas
Cual si en el seno maternal durmiera."

"Va soñando; y el lecho de flotantes
Mimbres, do vaga sin cesar mecido,
Más parece en las olas inconstantes
De una blanca paloma el dulce nido."

"Errante vaga á la merced del viento
En su lecho infantil; duerme inocente;
La onda le agita, y el movible abismo
En su tumba tal vez lo está meciendo.
¡Oh vírgenes de Menphis! ya despierta;
Venid, mirad que llora:
¿Qué madre pudo con horrible calma
Entregar al capricho de las olas
Al hijo de su alma?"

"Doquier las olas rugen;
Mirad, los brazos tiende,
Y una cuna de frágiles junquillos
Tan solo de la muerte lo defiende.
Quizás es hijo de Israël. Mi padre
Insensible á su afán los ha proscrito,
Mi padre es muy crüel, hermanas mías,
En proscribir airado la inocencia.
¡Débil y pobre niño!
Su infortunio despierta mi cariño;
Su madre seré yo con alegría;
Si no me debe á mí la luz del día,
Me deberá á lo menos la existencia."

De un poderoso rey bella esperanza,
Iphis así decía,
Cuando al cruzar del Nilo la ribera,
Su séquito inocente la seguía.
Y estas castas beldades que eclipsaba,
Cuando ella ansiosa despojó su frente
Del dorado y espléndido atavío
De sus velos magníficos, creyeron
Ver á la hija del sagrado río.

Bajo su pie pequeño y delicado
Se estremece gimiendo el onda fría,
Y hacia el niño que llora abandonado,
Trémula la piedad sus pasos guía.
Coje altiva el flotante canastillo,
Y un generoso orgullo
Sobre su hermosa frente,
Al cándido pudor por vez primera
Se mezcla dulcemente.

Dividiendo después las claras ondas
Y á su paso quebrando las cañuelas,
Al ángel que ha salvado
A la arenosa playa humedecida
Conduce lentamente;
Sus hermanas entonces una á una
Al tierno niño en la graciosa frente,
A su vista admirada sonriendo,
Dulces besos le dan tímidamente.

Tú, cuya vista con afán seguía
A tu hijo candoroso
Que el cielo protegía,
Vén aquí, vén aquí como extranjera,

Y estrechando á Moisés entre tus brazos,
Nada temas por tí, no han de venderte
Tus trasportes de amor, tu llanto tierno,
Porque Iphis todavía no conoce
La dulce dicha del amor materno.

En tanto que gozosa
Y triunfante la virgen, al rey fiero
Llevaba al pobre niño
En maternales lágrimas bañado;
En el cielo, entre espléndidas estrellas,
Ante el trono de Dios en dulce coro,
Bajo sus alas con reflejos de oro
Sus frentes ocultando,
A los bellos arcángeles se oía
Los eternales himnos entonando.

"No gimas ya, Jacob, en esta tierra
De amarga proscripción y desventura;
No mezcles más tu llanto
Del turbio Nilo á la corriente impura,
Que ya el Jordán undoso
Te ofrece su ribera
Coronada de espléndida hermosura;
Próxima está la aurora
En que verá Gessen que vencedora
De su enemigo audaz, se aleja altiva
Esta tribu infeliz por tanto tiempo,
Por tanto tiempo sin cesar cautiva."

"En este pobre niño abandonado,
La cariñosa virgen ha salvado
De entre las ondas vagas,
Del Sinaí al profeta, al escogido,

Al que tendrá en sus manos suspendido
El fiero azote de tremendas plagas."

Venid, mortales, inclinad la frente
Vosotros que orgullosos
Siempre habéis despreciado del Eterno
La alta justicia y el saber profundo,
Que á Israël una cuna salvar debe,
Y una cuna también salvar al mundo.

León, 1866.

GRACIAS DE LAS HEMBRAS.

Buscar el trato de la gente necia,
Más hermosas juzgarse que la aurora,
Con los hombres reñir á toda hora,
Y hablar de Roma por hablar de Grecia;

Apreciar al que menos las aprecia,
Sin motivo llorar con el que llora,
Despreciar al que tierno las adora,
Y adorar al que altivo las desprecia;

Poner siempre á los feos un apodo;
Contrariar los más sabios pareceres;
Escojer lo peor, errar en todo;

Dar tormentos con nombre de placeres,
Y sembrar ilusiones en el lodo,
Estas las gracias son de las mujeres.

LA AURORA BOREAL.

Voy á cantar, oídme: mi conmovido acento
Es himno de alabanza que entona el corazón:
De fe, de amor, de dicha, sublime sentimiento
Me infunde la esperanza, me dá la inspiración.

Voy á cantar, oidme: Ya mi alma no suspira
Ni el infortunio expresa que en la existencia hallé;
Los flébiles acordes de mi olvidada lira
Revelan no pesares, sino entusiasmo y fe.

Venid los que al arrullo de mágica esperanza
Soñáis el paraíso del virginal amor,
Venid, acompañadme mis himnos de alabanza,
Admiren vuestras almas las glorias del Señor.

Los que cruzáis llorando la senda de la vida,
Y sólo halláis dolores donde buscáis placer;
Los que cual yo vuestra alma sentís desfallecida
Al contemplar la tumba de la ilusión de ayer;

Venid, que nada importa que en triste desconsuelo
Crucemos la existencia de lágrimas en pos;
Cantad..... tenemos todos el porvenir de un cielo;
Valor, esfuerzo y ánimo, que nos espera Dios.

Miradle, alzad la vista. Magníficas y bellas
Sus glorias se reflejan en el azul cristal;
Enciende su mirada la luz de las estrellas,
Se forma con su aliento la aurora boreal.

¡La aurora! sorprendente y sublime meteoro
Que rompe de las nieblas el lúgubre capuz,
Y en fajas recamadas de púrpura y de oro
Despliega en el espacio las ondas de su luz.

Miradle, es un incendio, su lumbre se dilata
Cubriendo el horizonte del boreal confín;
Y brotan de su seno cual rauda catarata
Celajes voladores de púrpura y carmín.

En círculos de llamas los rayos luminosos
Se opacan, y se pierden, y vuelven á brotar,
Y avanzan, y se tuercen, y corren presurosos
Como gigantes olas de embravecido mar.

Volando desprendidos del alto firmamento,
Los átomos de fuego vibrando en la extensión,
Rompiendo el velo diáfano del adormido viento
Se prenden al espacio formando pabellón.

Y llamas y más llamas en rápidas corrientes
Se agitan, y se mueven, y giran sin cesar,
Formando una aureola de luces refulgentes
Que en el zenit se mira magnífica brillar.

Cantemos, sí, cantemos con entusiasmo santo
Al que nos dá el aliento, la vida y el amor;
Cantemos, sí, cantemos al que nos ama tanto,
Que derramó en la atmósfera su aliento bienhechor.

La vívida aureola que en el zenit se mira,
Que vierte en el espacio su ardiente resplandor,
Descubre al Sér inmenso que bondadoso inspira
El sentimiento santo del celestial amor.

Mirad, la luz se apaga, se pierde en lontananza,
Aquel voraz incendio no se percibe ya,
Se fué como el ensueño feliz de la esperanza,
Como se va la dicha, como el amor se va.

Se extingue lentamente la lumbre misteriosa,
Asoma el alba tímida, cual blanco serafín,
Tendiendo en el espacio magnífica y graciosa
Su lluvia de diamantes, su velo de carmín.

¡Gloria al Señor del Orbe que con su aliento infun-
La dicha, el pensamiento y el ánimo vital! (de
¡Bendito el Dios que adoro, que el santo amor difun-
¡Bendito el Dios que manda la aurora boreal! (de!

1859.

A LA LUNA.

SONETO.

Sigue brillando así, sigue brillando,
Astro de la ilusión y el sentimiento;
Porque gozo al mirarte, porque siento
De los recuerdos el consuelo blando.

¡Ay, cuánto en otro tiempo suspirando
Te seguí con mi pobre pensamiento!
¡Y cuántas veces te miré contento!
¡Y cuántas veces te miré llorando!

Complaciente y amiga la fortuna
De flores llena mi existir sombrío,
Y ningún sufrimiento me importuna:

Dichoso soy: el porvenir es mío.....
Pero ¡ay! mañana, mi querida luna,
Tal vez alumbres mi sepulcro frío.

A UNA GOLONDRINA.

Imitación del francés.

¿Por qué te alejas, golondrina errante?
Vén á buscar conmigo la quietud:
¿Por qué te alejas cuando yo te llamo?
¿No soy yo peregrino como tú?

Es una misma nuestra amarga suerte;
¿Por qué me temes? golondrina, vén,
Si triste lloras, lloraré contigo,
Pues yo nací para llorar también.

Apartada del suelo en que naciste
En silencio devoras tu inquietud.....
Vén y reposa aquí, sobre mi seno,
¿No soy yo desterrado como tú?

A tus pobres hijuelos, con mi aliento
El calor y la vida les daré,
En mi madre pensando conmovido,
Porque tengo una madre yo también.

Si alguna vez, errante golondrina,
De mi patria adorada ves la luz,
En mi nombre bendícela mil veces,
Porque soy hijo suyo como tú.

Ya no lloro..... Si airado el despotismo
Me arrebata la patria que adoré,
Yo alcanzaré la dicha que ambiciono
Porque hay un cielo para mí también.

León, 1863.

AUSENCIA.

¡Qué triste es la existencia
En las eternas horas de la ausencia!
El cielo me olvida;
Me siento morir;
¿Qué haré, luz del alma,
Tan lejos de ti?
El alba que asoma risueña inundando
El monte y los valles de luz y placer,
Despierto me mira por ti suspirando;
La noche llorando
Me deja también.
Perpetua soledad hallo en la vida,
¡Cuán infeliz nací!
¿Dónde hallará consuelo el alma herida
Si no hay felicidad lejos de ti?
Tal vez entre tanto
Que vierto mi llanto,
Tú el néctar apuras de dulce ilusión,
Y olvidas que males sin cuento devoro,
Y olvidas que lloro,
Que muero de amor.